

«¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino  
y nos explicaba las Escrituras?»



«*Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída*» (cf. Lc 24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. *ibíd.* 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «*se les abrieron los ojos*» (cf. *ibíd.* 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, **aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza** y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «*Quédate con nosotros*», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.



... En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «**estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo**» (cf. Mt 28,20).

“La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «*pan vivo que ha bajado del cielo*» (Jn 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste” (San Juan Pablo II, *Mane nobiscum Dominum*)

### ¡CAMINANTES QUE NECESITAN LA ESPERANZA!

Los dos discípulos eran caminantes y estaban dirigiéndose a Emaús. Pero **no tenían esperanza**, pensaban que todo había acabado con la muerte de Jesús. Estos dos caminantes esperaban que Jesús fuese el liberador de Israel y están frustrados, no tienen esperanza, pues creen que todo acabó con la Cruz.

¡**NECESITAMOS LA ESPERANZA!** El papa Francisco nos dice: “*no se dejen robar la esperanza*”. La difícil situación social que atraviesa la humanidad nos puede volver personas sin esperanza. San Pablo en la Carta a los Efesios dice con claridad que los cristianos no pueden vivir como los paganos que viven sin Dios y sin esperanza (cf. Ef 2,12).

La esperanza es una virtud teologal, por tanto es un don de Dios, una gracia que el Señor nos da para **desear el cielo y confiar que Dios nos dará todos los medios**. Solo la esperanza hace que caminemos con alegría.

Pidamos al Señor que nos aumente la esperanza: *"Jesús, todo lo espero de ti, auméntame la esperanza, libérame de todo tipo de desánimo y pesimismo. Amén"*.

## CRISTO ES NUESTRA ESPERANZA

Jesús Resucitado se acercó a los dos caminantes quienes no lo reconocen. Para tener esperanza hay que reconocer la presencia del Resucitado en nuestras vidas. Hoy como pasó con los discípulos de Emaús, **Cristo Resucitado se acerca a nosotros**, reconozcamos su presencia amorosa. Ciertamente no lo vemos con los ojos físicos, pero está realmente a nuestro lado. San Pedro refiriéndose a Jesús Resucitado nos dice: *"Le amáis sin haberlo visto, y creyendo en Él sin verlo os alegráis con un gozo indecible"* (1 P 1,8).

Cristo es el camino, el acompañante y el destino.

- Es el **CAMINO**. Sólo Él nos lleva al Padre con la fuerza del Espíritu Santo (Jn 14,6). El único que salva es Cristo. Sin Jesús no podemos hacer nada (cf. Jn 5,5) por eso si perdemos su amistad usando mal nuestra libertad, perdemos la vida eterna.
- Cristo es el **ACOMPañANTE**, es el amigo que está a nuestro lado pase lo que pase, **siempre estará con nosotros**. No existe un solo momento de nuestra vida en que estemos desamparados por Jesús.

Podemos preguntarnos: ¿siento cerca al Señor? No olvidemos que cuando estamos en gracia, **Cristo está dentro de nosotros, en nuestro corazón**. Aprendamos de los santos a descubrir la cercanía del Señor en nosotros. Santa Isabel de la Trinidad, religiosa carmelita quien murió a los 26 años decía: *"He hallado mi cielo en la tierra pues el cielo es Dios y Dios está en mi alma"*.

- Y Cristo es el **DESTINO**, porque el cielo es la comunión eterna con Cristo, por eso San Pablo dice que quiere morir para *"estar con Cristo"* (Flp 1,23), quiere salir de su cuerpo para *"vivir con el Señor"* (2 Co 5,8). **No dejemos de mirar a la eternidad**. Aunque tengamos que construir este mundo, tengamos la certeza de que *"somos ciudadanos del cielo"* (Flp 3,20), y de que *"no tenemos aquí morada permanente sino que buscamos la futura"* (Hb 13,14).

¿Qué hubiera pasado si los cristianos de los primeros siglos se hubieran quedado solo con una mirada terrena de los acontecimientos? No tendríamos a los mártires. ¿Qué hubiera pasado si Maximiliano María Kolbe (†1941) se hubiera aferrado a su vida terrena? No lo tendríamos en los altares. **No perdamos nunca la conciencia de que somos peregrinos que van a la vida eterna**. Pongamos todo nuestro esfuerzo en forjar una sociedad más humana, pero no nos quedemos encerrados en una visión puramente terrena. ¡Hay vida eterna!, ¡hay un cielo! Santa Teresa de Jesús decía: *"Tan alta vida espero que muero porque no muero"*.

## LES EXPLICÓ LA ESCRITURAS

Jesús Resucitado, el Maestro inigualable, va acompañando a los dos caminantes explicándoles con paciencia y profundidad las Escrituras desde Moisés hasta los profetas. Un medio eficaz para caminar con esperanza es alimentarnos de la Palabra de Dios.

Santo Tomás de Aquino (†1274) decía que **“el instruido en las Escrituras se hace fuerte para vencer todas las dificultades”**, además remarcaba: *“Es preciso que meditemos constantemente la Palabra de Dios... esta meditación ayuda poderosamente en la lucha contra el pecado”*. *“Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”*. (San Jerónimo)

“La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: *«Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida»* (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: *«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna»* (Jn 6,68).

En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, *«comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas»*, cómo *«toda la Escritura»* lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen «arder» los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: **«Quédate con nosotros, Señor»** (cf. Lc24, 29)” (S. Juan Pablo II, id 12)

## LO RECONOCIERON EN LA FRACCIÓN DEL PAN

“Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan»” (San Juan Pablo II, id).

Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dio y, en ese momento, los discípulos de Emaús lo reconocieron. El Espíritu Santo abrió los ojos de la fe a estos dos discípulos y tomaron conciencia de que estaban con el Señor resucitado. **A Jesús le encontramos en primer lugar en la Eucaristía.** La Palabra nos lleva siempre a la Eucaristía. Decía san Pío X: *“Si los ángeles pudieran envidiar, envidiarían a los hombres que comulgan porque los ángeles pueden ver a Dios pero no lo reciben como alimento”*.

Y San Pío de Pietrelcina afirmaba: *“Acerquémonos a recibir el Pan de los ángeles con una gran fe y con una gran llama de amor y esperemos de parte de este Dulcísimo Amante de nuestras almas, el ser consolados en nuestra vida con el beso de su boca”*.

San Juan Pablo II en Irlanda, el año 1979, dijo: *“La visita al Santísimo Sacramento es un gran tesoro de la fe católica. Alimenta el amor social y nos da oportunidad de **adorar y dar gracias, reparar y suplicar**. La bendición del Santísimo Sacramento, la exposición y adoración del Santísimo Sacramento, las Horas Santas y las procesiones eucarísticas...Cada acto de reverencia, cada genuflexión que hacéis ante el Santísimo Sacramento, es importante porque es un **acto de fe en Cristo, un acto de amor a Cristo**. Y cada señal de la cruz o gesto de respeto que hacéis al pasar ante una iglesia, es también un acto de fe. Que Dios os mantenga en esta fe —esta santa fe católica—, esta fe en el Santísimo Sacramento”*.

*“Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: el misterio de la presencia «real». Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia —como explicó muy claramente el Papa Pablo VI— que se llama «real» no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad*

de su cuerpo y de su sangre. Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos —banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica— un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. **La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo**”.

“Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que **han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección**. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo «nupcial» ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. «La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio». El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: «Ave verum corpus natum de Maria Virgine»” (San Juan Pablo II, id. 31)

## QUÉDATE, SEÑOR, CONMIGO

Quédate, Señor, conmigo, porque te necesito ver presente para no olvidarte, pues ya sabes con cuánta frecuencia te abandono.

Quédate, Señor, conmigo, porque soy muy débil y necesito de tus alientos y de tu fortaleza para no caer tantas veces.

Quédate, Señor, conmigo, porque Tú eres mi vida y sin Ti decaigo en el fervor.

Quédate, Señor, conmigo, porque Tú eres mi luz y sin Ti estoy en tinieblas.

Quédate, Señor, conmigo, para que oiga tu voz y la siga.

Quédate, Señor, conmigo, para demostrarme todas tus voluntades.

Quédate, Señor, conmigo, porque deseo amarte mucho y vivir siempre en tu compañía.

Quédate, Señor, conmigo, porque todo mi ser te está consagrado y Tú me perteneces.

Quédate, Señor, conmigo, y haz de mi corazón una celda de amor de la cual nunca te alejes.

Quédate, Señor, conmigo, si quieres que te sea fiel.

Quédate, Señor, conmigo, porque aunque mi alma es muy pobre, deseo que sea para Ti un lugar de consuelo, un huerto cerrado, un nido de amor.

Quédate, Señor, conmigo, y haz que tu amor me inflame tanto que me consuman sus amorosas llamas.

Quédate, Señor, conmigo, porque se hace tarde y declinan las sombras, se pasa la vida, se acerca la cuenta, la eternidad, y es preciso que no me detenga en el camino, por eso te necesito. Se hace tarde y se viene la noche, me amenazan las tinieblas, las oscuridades, las tentaciones, las sequedades, penas, cruces,... Confortame, Jesús mío, en esta noche de destierro.

Quédate, Señor, conmigo, porque en esta noche de la vida deseo ver tu claridad. Haz que te conozca como tus discípulos en el partir del pan. Que Tu Eucaristía sea la luz que aclare mis tinieblas, la fuerza que me sostenga y la única dicha que embriague mi corazón.

Quédate, Señor, conmigo. No te pido sentir tu adorable presencia y tus regalos divinos, que no los merezco, pero tu residencia en mí por la gracia, ¡oh, sí que te la pido!

Quédate, Señor, conmigo, pues a Ti sólo te busco, tu amor, tu intimidad, tu Corazón, tu espíritu y tu gracia. Te busco por Ti mismo porque te amo; y no te pido más recompensa que amarte con solidez, amarte únicamente, amarte cuanto puedo, amarte con todo mi corazón en la tierra para seguir amándote con perfección por toda la eternidad. Amén.